

García: rutina del fracaso

Daniel Parra Mejía

En el cine, las rutinas, la cotidianidad, el día a día, no sólo se debe ver reflejado en un conjunto de acciones repetitivas que realizan los personajes en la película, también, se debe sentir lo que de cada una de estas acciones significa y lograrlo, con imágenes o diálogos o con dosificadas combinaciones, equivale a dotar de eco un paisaje, darle atmósfera y clima al espacio y tiempo recreado en la pantalla. Ocurre así en la película **García** (2010) durante los primeros minutos y en el acto, el tiempo parece dilatarse para desprender un aroma pesado, como de metal por su sabor pero ligero en su movimiento; un trago de mercurio que se comparte con el protagonista, García, en el envenenamiento de fracaso y rutina.



Al sumergirse el espectador en la vida de García, verá a su esposa, Amalia, tallada por un gesto oxidado en las aguas de la frustración, miradas perdidas, con un silencio reposado que absorbe con fuerza de los cigarrillos y una paciencia que exhala su humo. Ella rompe su mutismo con frases como “¡Qué pasó!... ¿Le rompí el corazón o qué?” O “García, usted ni siquiera sabe sembrar una papa”. Y así permanecerá por el tiempo que dedica la cinta a describir las costumbres de la pareja; esas capas invisibles de impasible sosiego que perturban los ritmos del drama y exhiben los colores de un amor desgastado por los pómulos de la monotonía y sobre el que se afila la desdeñada daga del sentimiento resentido. Éste es el detonante de Amalia, quien no quiere pasar el resto de su vida en el campo, con García, en una casa desmantelada por el tiempo, lejos de la ciudad y bregando con la tierra para recibir el pan diario, mientras que a García, la desazón que acuarteló en los años de trabajo como centinela se le consumen al regalarle una casa.

El personaje de García representado por Damián Alcázar, hace de la oscuridad de la desgracia, un brillo sobrio a través de los gestos de delicadeza (con su esposa, las plantas y su ropa), su nobleza que toca en ocasiones la excesiva confianza como le ocurre con el vendedor de la casa, una embotellada paciencia con su jefe, una mirada empalada en el pensamiento redentor de un futuro junto a Amalia en la granja, le dan a García esa misteriosa fuerza para pedalear a diario hasta su lugar de trabajo y soportar allí sus largas jornadas, manteniéndole esmaltado, los cuidados de su amor por ella. Estas características se encarnan y se asimilan con naturalidad en todos los rasgos del actor y hacen de sus apariciones, reminiscencias de caballeros enamorados, que como lo insinúa una canción de su banda sonora, García es “El talibán del amor, no le preocupa encontrarse con su Dios. Es el talibán del amor, luchando por un mundo mejor”.



García es el primer largometraje de José Luis Rugeles y sus más de 15 años de experiencia de trabajo con el audiovisual se ven representados en la puesta en escena, quien junto a la dirección de arte de Diego López, la dirección de fotografía de Sergio Iván Castaño, la cámara de Mauricio Vidal y el vestuario dirigido por Angélica Perea, consolidan un equipo que crea un tono artístico y dramático estructurado y coherente con un ritmo de la narración orquestado por la descripción detallada de las condiciones de vida y del drama inherente. Buena parte de los primeros minutos, entendiéndose más o menos 20, son un concierto de todas las direcciones de arte de la película, de donde la memoria del espectador puede sacar varias imágenes como postales o llevarse secuencias de García en bicicleta transitando por paisajes inmóviles, recordando los planos de detalle a los tacones de Amalia que viaja en la parrilla trasera. También puede llevarse postales de planos interiores como aquellos de la cafetería que frecuenta la pareja envueltos en tonos cálidos, o pasar al interior de su casa para verlos actuar como sobre un escenario de teatro con la mirada fija en el comedor de centro. Una constante de la película y sus encuadres fotográficos que ven entrar y salir del plano a los personajes.

Al repasar las características de las locaciones, sus pormenores, sus objetos, sus colores, se confirma, para las próximas producciones cinematográficas que se realicen en el país, un buen ejemplo del trabajo artístico de personificar el espacio según el drama y según los personajes, para que ni uno ni otro se vean fuera de lugar, o desentonen en la relación personaje-espacio, y sí por el contrario, se maximice el impacto visual que tiene el empate cuidadoso de estas dos piezas. Avances técnico-artísticos que desearía cualquier espectador, se repitan con más constancia tratándose de incursiones audiovisuales propias.



Al llegar a esa franja de minutos en que se suele definir la trama de las películas (entre los minutos 20 y 38), **García** empieza a complicar su drama e intenta darle profundidad, en el proceso integra nuevos personajes, donde resalta la encarnación que hace Fabio Iván Restrepo en su personaje de Gómez, compañero de trabajo de García. Sin embargo, en el cruce de hilos el ritmo se ve afectado, la cadencia sencilla y delicada con que la película había atrapado, poco a poco, casi minuto a minuto, va liberando al espectador de su silla, y para ese momento se percibe como se han degradado los colores del drama: se ha pasado de una descripción íntima a una pesquisa policiaca. En la búsqueda por la hacer más compleja su estructura, la fuerza inicial se pierde, se ve desusada e incluso, contrariada por el desarrollo de la segunda mitad de la cinta compuesta por secuencias de acción que hacen pensar en otro estilo de narración y desenvolvimiento de sus puntos iniciales, esos que quedan pendientes por contar en la rutina del fracaso de García.

VIDEO CLIPS

- *García* (José Luis Rugeles)

<http://www.youtube.com/watch?v=QjP3nlqcHmY>

Daniel Andrés Parra Mejía. Periodista y escritor colombiano.